

# Elementos constructivos y destructivos en la historia occidental

*Constructive and destructive elements in western history*

**Gianfranco Solari Sánchez**

Universidad Católica San Pablo

Maestría en Humanidades

Lima, Perú

<https://orcid.org/0009-0003-5154-8738>

[gianfranco.solari.sanchez@ucsp.edu.pe](mailto:gianfranco.solari.sanchez@ucsp.edu.pe)

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Características épocales. 2.1 Del mundo griego a la Romanidad. 2.2. La Cristiandad. 2.3 De la Ilustración a la revolución 3. Elementos constructivos. 3.1. La tradición. 3.2. El cristianismo: unificación y sentido. 3.3. La virtud y la contemplación. 3.4. La ley natural. 4. Factores destructivos. 4.1. Antecedentes intelectuales. 4. 2. La Ilustración 4.3 La revolución francesa 4.4. El liberalismo y utilitarismo. 5. Conclusión.

**Resumen:** Al analizar la historia occidental, se pueden identificar elementos constructivos y destructivos que han influido en el sentido del ser humano. Este trabajo examina cómo, por un lado, la tradición, el cristianismo, la virtud, la contemplación y la noción de ley natural contribuyeron a la formación de un pensamiento íntegro. Mientras que, por otro, el nominalismo, el cientificismo, el empirismo, la Ilustración, el movimiento revolucionario francés, el liberalismo y el utilitarismo promovieron la descomposición de la persona. A partir del

método cualitativo y mediante la revisión de libros, artículos de revistas y un texto clásico, se interpreta la dinámica entre los elementos mencionados. Finalmente, se concluye que, gracias a los aportes de la tradición clásica y cristiana, el hombre construyó un sentido de unidad; mientras que, desde las ideologías surgidas a partir del siglo XIV en adelante, emergieron el triunfo de la rebeldía, la idolatría de la razón y el abandono de la diada humano-divina. A pesar de ello, este estudio sostiene que la disgregación no es irreversible ya que convive con un anhelo y una tensión hacia la integridad y trascendencia, tal como se aprecia en los movimientos contrarrevolucionarios del siglo XVIII.

**Palabras clave:** elementos constructivos, factores destructivos, historia occidental, cristianismo, revolución francesa

**Abstract:** By analyzing western history, one can identify constructive and destructive elements that have influenced the sense of human being. This work examines how, on one hand, tradition, Christianity, virtue, contemplation, and the notion of natural law contributed to the formation of an integral thought. On the other hand, nominalism, scientism, empiricism, the Enlightenment, the french revolutionary movement, liberalism, and utilitarianism promoted the disintegration of the person. Using a qualitative method and reviewing books, journal articles, and a classic text, the dynamics between the mentioned elements are interpreted. Finally, it is concluded that, thanks to the contributions of classical and christian traditions, man built a sense of unity; while from the ideologies that emerged from the XIV century onwards, the triumph of rebellion, the idolatry of reason, and the abandonment of the human-divine dyad emerged. Despite this, this study argues that decomposition is not irreversible as it coexists with a longing and tension towards integrity and transcendence, as seen in the counterrevolutionary movements of the XVIII century.

**Keywords:** constructive elements, destructive elements, western history, christianity, french revolution

---

**Cita sugerida:** Solari Sánchez, G. (2024). Elementos constructivos y destructivos en la historia occidental. *Revista de Historia Universal*, 30, 39-67.

---

## 1. Introducción

Cuando se analizan los períodos de la historia se pueden encontrar fundamentos que explican una línea conductora que encadena los sucesos y las respuestas de los hombres. En este trabajo, se quiere demostrar que existen dos etapas marcadas en cuyas intenciones se ven elementos constructivos y destructivos del sentido del ser humano.

Por un lado, desde la antigua Grecia con el desarrollo de la *basileia*<sup>1</sup> helénica y la consolidación del imperio romano hasta el culmen de la Cristiandad, se observa un camino paulatino hacia la formación de un pensamiento íntegro. Se aprecia un lenguaje que se va formando con los distintos desarrollos intelectuales que enriquecieron el entendimiento de la realidad, donde la búsqueda de la verdad y el cultivo de la tradición condujeron al hombre a un sentido elevado de su existencia y a conservar la relación entre lo humano y lo Divino. Es, en este acervo histórico, donde el hombre se construye.

Por otro lado, aparece una nueva visión de la realidad, que parte de la oposición entre el realismo y el nominalismo durante el apogeo de la escolástica, donde se empieza a agrietar la integridad que se había formado en la cultura helénica-romano-cristiana. Si bien existen antecedentes en la edad antigua de movimientos que contradijeron el desarrollo intelectual antes mencionado, es, a partir del siglo XIV, donde se reconocen conceptos que socavaron la finalidad del hombre. No son simplemente ideas coetáneas que surgieron como las herejías en los primeros años del Cristianismo, sino de un abandono total a la díada humano-divina que había

---

1 Palabra griega que alude al imperio que se desarrolló luego de la expansión de Filipo de Macedonia y de su hijo Alejandro Magno, y que dio lugar a las monarquías helenísticas.

caracterizado la historia durante quince centurias aproximadamente. Es, en esta descomposición donde el hombre se termina destruyendo.

Se puede recrear el argumento presentado con una frase del politólogo argentino Agustín Laje (2022) quien afirma que “la tradición es tiempo inconscientemente acumulado. La revolución es tiempo conscientemente destruido” (p. 106).

Sin embargo, no es la intención de este análisis comprobar que se han aniquilado las nociones cristianas y sus precedentes. Más bien, se comparte la visión agustiniana, donde confluyen entre sí dos ciudades místicas, la celeste y la terrena, desde el inicio de los tiempos hasta su fin, que, desde el punto vista cristiano, acontecerá con la segunda venida de Cristo (Hubeňák, 2022). Así, esta convivencia explica que lo que se reconoce externamente en la historia tiene un correlato en el interior y profundidad de cada sociedad y época, y que, a pesar del supuesto triunfo de la disgregación, el anhelo de unidad permanece, tal como se evidencia en los movimientos intelectuales y contrarrevolucionarios del siglo XVIII en adelante.

Este trabajo pretenderá esclarecer esta tesis, en primer lugar, mencionando algunas características epocales que permitirán entrar en cada contexto, para luego profundizar en los elementos constructivos del período helénico-romano-cristiano y los elementos destructivos del período ilustrado-revolucionario. Dentro de cada apartado se analizarán distintos temas que estarán expresados en los subtítulos. Finalmente se concluirá con una reflexión que buscará cerrar el círculo demostrativo de este análisis histórico para responder a la cuestión de si se trata de una tragedia del triunfo del sin sentido, o de una coexistencia de

razonamientos que explican el devenir de la historia hasta nuestros tiempos.

## **2. Características epocales**

### **2.1. Del mundo griego a la Romanidad**

El hombre antiguo se ubicaba en una cultura cuya base era la relación con la divinidad. La figura del *pater familias* era la responsable de conservar la *hestía*, el fuego sagrado que se expandía desde cada núcleo familiar hasta la comunidad en su conjunto y que simbolizaba la presencia de los dioses y el orden natural del *kosmos*.

Para expresar las verdades que superaban a estos hombres, se recurría, como un recurso de urgencia, al lenguaje simbólico a través del mito, que no buscaba expresar un dogma o un concepto, sino aquel campo significativo de lo invisible, “del origen del cosmos, de la historia primitiva de la felicidad y la desgracia, del destino de los muertos, del juicio y la recompensa en el más allá” (Pieper, 1984, p. 18).

La vida cotidiana de estas comunidades estaba profundamente arraigada en el pacto humano-divino que se actualizaba a través del rito y cuyo origen se podía remontar a los mitos que lo manifestaban.

Para un intelectual griego como Platón, la verdad presentada en los mitos era “incomparablemente válida, singularísima e intangible que está por encima de toda duda” (Pieper, 1984, p. 19).

En este contexto se ve cómo la tradición aparece como un elemento fundamental de la cultura griega, donde el narrador del mito no era el protagonista ni su autor, sino un transmisor de un mensaje recibido sin mérito alguno (Pieper, 1984). En línea con lo

anterior, resalta la importancia de la escucha activa por parte de aquellos que buscaban contemplar estas realidades meta racionales. La expresión griega *ex akoes* (proveniente del oído) alude a esto, que, en términos cristianos, posteriormente se va a definir como la obediencia a las realidades eternas.

Con respecto al concepto de felicidad, se puede encontrar aquí, especialmente en Platón, su realización a través de la contemplación del mundo de las ideas, aquella esfera de los universales, de la justicia que todo lo ordena. Con respecto a la moral, los griegos conservaron el ideal de la *areté*, de la excelencia a través de la virtud que se alcanzaba principalmente mediante el ejercicio de la *politeia*, es decir de la ciudadanía.

Muchas de estas concepciones fueron preservadas por los romanos, como el ejercicio de la virtud, la importancia de la tradición y la profunda vitalidad y subsistencia del orden o *kosmos* a partir del designio divino. Sin embargo, ellos introducirán una novedad en su identidad expresada en la voluntad de civilizar todo el orbe, misión que se justificaba como un mandato directo del dios Júpiter y cuya supervivencia dependía del culto permanente hacia los dioses. Esta convicción, partida del mito, era escrita a través de su propia historia.

De esta manera, antes del surgimiento del cristianismo se vislumbra una cultura que pasó por la simbiosis de diversos elementos, y donde Roma, la ciudad eterna, se conformó como el paradigma de la humanidad.

## **2.2 La Cristiandad**

Durante los primeros siglos, el cristianismo pasó por distintas etapas, conflictos y persecuciones que terminaron en la adhesión

total por parte del imperio romano a la religión católica con el edicto de Tesalónica en el año 380 d. C.

Se puede identificar un antecedente que va a influenciar en la impregnación del cristianismo, y es que la cultura en donde surgió poseía una vivencia y experiencia universal, fruto del encuentro entre la cultura griega y la política romana (Sordi, 1988, citado de Hubeňák, 1992).

La cristianización de esta sociedad helénico-romana se dio gracias a los matices que acentuaron personajes intelectuales claves durante este proceso. Tal es el caso de Saulo de Tarso, judío nacido en una ciudad de influencia helénica y conocido en el mundo cristiano como San Pablo, que logró integrar elementos judíos, griegos y romanos, para darles sentido mediante el acontecimiento de Jesucristo, especialmente a través de su resurrección, esencia de la buena nueva (Hubeňák, 1992). Como afirma Delebecque (s. f.): "El orden del discurso muestra, en efecto, el arte superior de Pablo en colocar el elemento cristiano sobre el elemento pagano, para después fundir uno en el otro" (Citado de Hubeňák, 1992, p. 160).

Luego de la muerte de Pablo, la población experimentaba apetencias espirituales que las corrientes intelectuales de la época, como el estoicismo y el neoplatonismo, no lograban satisfacer, ya que podían diagnosticar los padecimientos del alma, pero no los solucionaban (Hubeňák, 1992). Esto promovió el avance de la religión cristiana que, además, comenzaba a ser atractiva para las clases dirigentes romanas. A raíz de las persecuciones, intelectuales cristianos comenzaron a defender sus creencias y a subsanar los errores de las acusaciones en su contra principalmente a través de las *Apologías*, que eran dirigidas al Emperador y al Senado.

Fruto de esta batalla cultural, es que el cristianismo termina victorioso, como se distingue en el debate entre Símaco y Ambrosio (Boch de Boldrini, 2016), en las conversiones de distintas autoridades romanas y en el traspaso de la cultura helénico-romana a la cristiana.

Posteriormente a esto, se pueden mencionar algunas características del pensamiento que fueron moldeándose en los años venideros, como la consolidación de la creencia y dependencia en la ley natural y la ley divina; la visión escatológica de la realidad; el sentido metafísico y racional desarrollado por la escolástica; el objeto de la felicidad atribuido a la unión íntima con Dios; la esperanza en la beatitud eterna; y la creencia en una verdad eficaz, dogmática y sistemática. Así, el hombre comprendía que era conducido en la historia por su Creador, no por arte de magia, sino por su benevolencia infinita.

### **2.3. De la Ilustración a la revolución**

En este apartado, se mencionarán algunos aspectos que se desarrollarán más adelante en la sección de elementos destructivos, con el fin de contextualizarlos.

En el siglo XIV, se despierta un interés muy particular por la ciencia y lo empírico. Aquello que se puede demostrar a través de los sentidos y de la comprobación científica, toma peso en lo que el hombre consideraba como verdadero.

Un antecedente de esto es la oposición que hace la corriente nominalista de Guillermo de Ockham frente al realismo de Tomás de Aquino, donde los principios universales se comienzan a concebir como simples convenciones entre los hombres. De este

modo, se va esbozando un carácter anti providencial que va a demarcar el futuro intelectual de las siguientes épocas.

Lo material, el predominio del *más acá*, en contraposición al *más allá*, lleva a desarrollar un pensamiento centrado en lo cognoscible y comprobable. La Ilustración va a ser un período que expresa, en su mayor apogeo, la idolatría a la razón (Fernández y Soto, 2012). Se consideraba que el hombre solo podía iluminarse a través de su desarrollo racional y Dios comienza a ser apartado de la ecuación, considerado ya no como un requisito para la subsistencia ni como el Señor de la historia, sino como un arquitecto que había sido útil para crear al ser humano, pero que no se involucra en su devenir histórico.

Otro aspecto por resaltar es la concepción de que la felicidad, para algunos de los ilustrados, radicaba en poder encontrar ese estado de perfección aquí en la ciudad terrenal a través de la búsqueda de libertad, bienestar y placer (Fernández y Soto, 2012), lo que va a ser orientado más adelante hacia la utilidad por el utilitarismo. En la cultura, se enraiza el progreso material y la esperanza futura recae principalmente en su desarrollo. Tiempo después, este ideal será tatuado en el pensamiento del hombre moderno mediante el lema de la revolución francesa de igualdad, libertad y fraternidad, el cual será defendido frente a aquellos que se opongan a esta convicción.

Se puede sostener que esta época, utilizando un lenguaje similar al de Pieper (1984), está invadida por mitos, entendidos no en sentido estricto, que contenían supuestos ajenos a la realidad y que pretendían justificar el actuar aniquilador de los revolucionarios imbuidos por la ideología ilustrada.

En consecuencia, los deberes y obligaciones, como la conservación de la tradición, la moral natural, el respeto por la ley natural y

divina, van a ser desterrados por una libertad negativa que buscaba endiosar los derechos del hombre hasta el punto de aniquilarlo.

Habiendo resumido las principales características de las distintas épocas, se planteará los elementos del devenir helénico-romano-cristiano que construyeron al ser humano y posteriormente aquellos elementos de la Ilustración y revolución que generaron esta ruptura e incertidumbre en el alma del hombre.

### **3. Elementos constructivos**

#### **3.1. La tradición**

Uno de los elementos principales en la formación histórica del proceso helénico-romano-cristiano y en la construcción identitaria del hombre fue la tradición, donde lo que se aceptaba como verdad se recibía por testimonio de otro (Pieper, 1984). Así, la tradición implicaba el testimonio y el testimonio generaba tradición. Las culturas buscaron permanecer en el tiempo a través de este anclaje que va a ir encontrando su sentido a lo largo de la historia, empezando por composiciones fragmentadas que luego van a sistematizarse hasta llegar a su culmen en el pensamiento cristiano. La tradición construyó una identidad inmutable en el ser humano tal como se expresa en los pueblos mencionados.

Asimismo, la tradición no solamente se concebía como un simple dar y recibir a lo largo de las poblaciones sucesivas, sino como una condición necesaria para la subsistencia física, mental y espiritual de la sociedad. Una expresión de lo anterior se puede ver en el pensamiento de Marco Tulio Cicerón, cuyos postulados reafirman este carácter necesario de la tradición reflejado en el cuidado de las costumbres y en el esfuerzo acumulado de sucesivas generaciones.

En línea con lo anterior, se puede observar también otro elemento que es la interpretación de lo antiguo en clave de verdad presente y presencial. Esto emerge en la evangelización y debate intelectual de personajes como Saulo de Tarso, Justino de Neplusa y Orígenes de Alejandría.

De esta manera, la tradición se convirtió, para Saulo de Tarso, en una herramienta que logró incorporar elementos de Zenón, de la física estoica, de Epiménides, de Aratos y de Hesíodo, como se puede leer en su discurso magistral a los atenienses en el Areópago de Atenas (Hubeňák, 1992).

En Justino de Neplusa, que él mismo afirma haber interactuado con todas las doctrinas para finalmente decir que la verdadera era la de los cristianos (Hubeňák, 1992), se hace patente el signo de cómo la tradición puede formar y construir la identidad del hombre, sin caer en el exceso del totalitarismo tradicional que podemos reconocer en la cultura romana.

Es probable que, sin la herencia recibida por estos personajes, ya fuera por crianza o por aprendizajes intelectuales de la época, la conciliación de las ideas helénico-romanas y judías con la cultura en la que se desarrollaron hubiera sido lejana, y el cristianismo no habría calado en los apetitos espirituales de la época.

### **3.2. El cristianismo: unificación y sentido**

En el caso de Roma, la visión de eternidad y del *más allá* contribuyó a que el cristianismo encuentre una similitud para insertar a Cristo en sus vidas. Se terminó traspasando la obediencia a Roma, a la obediencia a Cristo y a su Iglesia. Un signo de esto es la renuncia del título de *Pontifex Maximus* por parte del Emperador Graciano. Esto disolvió el pacto de Roma con sus

dioses y, así, los romanos se adhirieron al verdadero pacto con Dios a través del Cristianismo (Hubeňák, 1998).

En esta época, resalta el Obispo Ambrosio, personaje de la historia cristiana, cuyo discípulo fue Agustín de Hipona. Es importante encontrar en él sus esfuerzos y su posterior triunfo en asociar la continuidad del imperio romano con su adherencia a la religión cristiana y su rechazo al paganismo y al culto a los dioses falsos (Boch de Boldrini, 2016).

De igual manera, si se examina el aporte de Justino de Neplusa, se detecta una cátedra innovadora, ya que logró unificar e interpretar el pensamiento que, hasta esa época, había caracterizado al mundo occidental desde una visión cristocéntrica (Hubeňák, 1992). Esto lo va a formular con sus dos ideas que cohesionaron la buena nueva con la filosofía griega: la continuidad del pensamiento y el *logos* seminal.

Justino buscó ilustrar cómo el Cristianismo podía condensar y dar sentido al pensamiento desarrollado por los griegos. De esta manera, va a explicar la continuidad del pensamiento con el argumento de que si los profetas y Moisés eran anteriores a Platón y a los filósofos griegos, el origen espiritual de ambos debía ser el mismo (Hubeňák, 1992). Además, va a decir que Sócrates, Heráclito y los demás intelectuales antiguos participaban, de una manera oscurecida, de la verdad que se estaba manifestando a los hombres y que se terminó de revelar por completo en Jesucristo. Al reconocer en Jesús al Verbo Eterno, *logos* inicial que los griegos entendieron parcialmente, puede decir con claridad que la verdad es propiedad de los cristianos.

Otro personaje por resaltar es Orígenes de Alejandría, perteneciente a la escuela de la misma ciudad que se caracterizó por integrar el pensamiento clásico con el cristiano (Hubeňák,

1992). Orígenes pudo aplicar herramientas del mundo antiguo para comprender las realidades cristianas. Este elemento aglutinador es clave para entender el triunfo cultural del Cristianismo en las épocas posteriores. Orígenes aprendió de los griegos el método alegórico y lo aplicó a las escrituras judías, para descifrar los escritos antiguos desde la encarnación del Hijo de Dios. También va a elevar a un sentido más teológico la postura de la continuidad de pensamiento de Justino, afirmando que los profetas tuvieron conocimientos más sublimes, y que, junto con Moisés, sembraron las verdades que luego fueron cosechadas por los apóstoles.

La influencia de Saulo de Tarso, Ambrosio, Justino de Neplusa y Orígenes va a decantar en el hecho histórico que mencionamos en la sección de características epocales, que es la promulgación del cristianismo como religión oficial del imperio romano, y es, a partir de allí, donde la cultura comienza a convertirse en predominantemente cristiana.

Una comprobación de lo anterior y de su permanencia es el establecimiento y consolidación en la política de los regímenes monárquicos. Se entendía que la Monarquía era el sistema de gobierno más acorde a la jerarquía divina, donde el *rex* (rey) era ungido por Dios para servir a los hombres. Este gobierno no hubiera podido subsistir a lo largo del tiempo sin el elemento constructor del cristianismo.

Realmente la intelectualidad cristiana logró calar en las profundidades y cuestionamientos de los hombres de este tiempo, y se evidenció una superioridad y fondo casi inobjetables frente a las tradiciones antiguas.

En palabras de Jaeger (1965): “el cristianismo, usando esta cultura internacional como base, se convirtió ahora en la nueva 'paideia'

cuya fuente era el Logos divino, la palabra que había creado el mundo” (citado de Hubeñák, 1992, p. 171).

### **3.3. La virtud y la contemplación**

En los Trabajos y los Días de Hesíodo se contempla la importancia de la virtud como un elemento constructivo de la plenitud del hombre en las siguientes palabras:

¡Te haré excelentes advertencias, insensatísimo Perses! Fácil es abismarse en la maldad, porque la vía que conduce a ella es corta y está cerca de nosotros; en cambio, para ejercitar la virtud los mismos Dioses han sudado; porque la vía es larga, ardua y al principio está llena de dificultades (Biblioteca Virtual Universal, 2010, p. 5).

Este acto filosófico no sería posible sin la contemplación, otro elemento que hizo palpable la percepción de las realidades eternas en el hombre. El misterio no estaba totalmente oculto, solo que era necesario postrarse y escucharlo. En Platón se puede ver este abordaje, donde el hombre se asombra del mensaje recibido, el tiempo y el espacio trascienden, y se va revelando la verdad de manera gradual hasta llegar a una sistematización expresada en los intelectuales cristianos mencionados anteriormente.

La contemplación es elevada por San Agustín quien va a aportar un elemento constructivo a partir de la interpretación del orden natural. Para Agustín de Hipona, el orden era la disposición que asignaba las cosas y la ley era lo que expresaba ese orden, para así tener, como consecuencia, la paz. A partir de esto, la sociedad pudo construir su política y la capacidad de influir en la realidad según los planes de Dios, quien regulaba los Imperios e inspiraba la ley. De este modo, el hombre se encontraba en un mundo que cobraba sentido por su interacción con la eternidad.

Algo característico de estos elementos era su arraigo natural. La contemplación y la virtud, por ejemplo, respondían al anhelo natural del hombre por lo eterno, lo Divino y lo misterioso, aquello que impactaba su vida sin saber realmente por qué lo merecía.

Adicionalmente, la virtud va a encontrarse como un elemento interpretativo y alimentador de la doctrina cristiana cuando, en el apogeo de la Cristiandad, Tomás de Aquino y los exponentes de la escolástica, van a interpretar las verdades cristianas a la luz de Aristóteles. Este proceso se puede asociar a un pensamiento que integra lo Divino y donde la fe y la razón se armonizan, a diferencia del racionalismo posterior que va a más bien disgregarse de lo Divino.

### **3.4. La ley natural**

El devenir de la idea de la ley natural se puede rastrear desde los estoicos. El estoicismo va a proclamar que existe una ley natural, ordenadora de toda la realidad, de la cual los hombres deben beber como fundamento moral para desarrollarse y actuar con rectitud. Tal principio estaba asociado a la idea del *logos* divino.

En un momento posterior, Marco Tulio Cicerón, desde la óptica y aplicación del mundo romano, va a confirmar esta idea afirmando que la razón eterna está inserta en la naturaleza y orienta al hombre hacia el Bien. Cabe resaltar que Agustín de Hipona va a ser influenciado tanto por Platón como por Cicerón para llegar al entendimiento del orden natural explicado líneas arriba.

De esta manera, la ley natural lograba sincronizar al hombre con lo Divino y era considerada en las legislaciones para que no se contradigan los postulados eternos.

Este elemento no solo marcó la cultura de las épocas helénico-romano-cristianas, sino todo el desarrollo del derecho que iba a regir las sociedades posteriores, influenciadas principalmente por el derecho romano.

Más adelante, este aspecto es ahondado en las ideas de Tomás de Aquino quien va a manifestar, en consecuencia, la dependencia de la ley humana a la natural y la instauración de la idea del bien común. Santo Tomás va a partir de la sociabilidad natural del hombre para explicar que el bien de cada persona no se contradice con el bien de todos, sino que se alcanza y se incentiva dentro del bien común. Este elemento va a ser desintegrado por el pensamiento liberal característico de las épocas posteriores.

La noción de la ley natural va a permanecer como una oposición a la idea de la convención social como instaladora de leyes. La presencia del fundamento de las leyes humanas en sintonía con la ley natural se va a mantener hasta el declive de la cultura cristiana a partir del siglo XIV.

## **4. Factores destructivos**

### **4.1. Antecedentes intelectuales**

Existen ciertos antecedentes intelectuales que influenciaron en los elementos que se desarrollarán en esta sección.

Por un lado, los cirenaicos, en oposición a las ideas de Platón, afirmaban que no había principios universales. Además, consideraban que la finalidad de los actos humanos estaba determinada por el placer, posición semejante a las ideas utilitaristas posteriores como las de Jeremy Bentham. Un postulado complementario a este es el de los epicúreos, quienes rechazaban la idea de la ley natural, en contraposición a las posturas estoicas,

y sostenían que la sociedad tenía su base en la convención. Esto se asimila al nominalismo posterior de Guillermo de Ockham.

Por otro lado, en el pensamiento de los cínicos existía la idea de concebir al hombre como un ser que debía desarrollarse con una libertad exenta de conciertos sociales. Este pensamiento es análogo al del ilustrado Rousseau, quien negaba la sociabilidad natural del hombre y, con el argumento de la bondad original, afirmaba que no es el pecado lo que lo corrompe, sino la sociedad (Fernández y Soto, 2012).

Un antecedente más reciente es el apogeo del científicismo y el empirismo, que comienza en el siglo XIV. Junto con el nominalismo, son el punto de partida para la escisión del pensamiento y la influencia cultural cristiana en la sociedad. Para el científicismo, solo lo demostrable era verdadero (Pieper, 1984), y esta noción de lo real comienza a desmoronar las bases cristianas de la cultura. Se comienza a postular un racionalismo sin Dios y opuesto a la fe que consideraba la razón como fuente de toda certeza, tal como lo sostiene luego la Ilustración (Fernández y Soto, 2012).

Cabe destacar la brillante crítica de Pieper (1984) hacia el científicismo, que demuestra cómo a través de una parábola como la del buen samaritano, se puede mostrar una verdad, como es la misericordia y la compasión, sin necesidad del recurso científico.

Con el empirismo, la verdad fue apropiada por una de sus formas de expresión y se desterraron las demás. Se formó un nuevo idioma distinto al clásico-cristiano, que desterró la idea de lo religioso y de la Providencia y que gradualmente fue destruyendo la cultura que había formado al hombre.

## 4.2. La Ilustración

Una de las ideas principales en el pensamiento ilustrado es la de la *tabla rasa* de John Locke. Esta refiere a la noción de que el hombre nace como una tabla vacía y comienza a adoptar el conocimiento. En línea con lo anterior, es claro el paso del elemento constructivo de la ley natural a la artificialidad de la ley por convención, donde se aprecia una separación entre la ley humana y Divina. Se torna innecesario el pacto con lo Divino, ya que es el hombre quien todo lo puede. Lo humano se convierte en lo Divino y la ley humana deja de coincidir con la ley natural. Se encuentra una influencia posterior de esto, por ejemplo, en la revolución francesa que buscó erradicar cualquier indicio de la tradición cristiana.

Otro elemento presente en este período fue el de la mera búsqueda de bienes físicos. La idea del Bien como universal y fin de la felicidad humana vacía su contenido eterno y se rellena con una visión racionalista, donde el beneficio del hombre se asocia al progreso, especialmente en el ámbito material y hedonista (Fernández y Soto, 2012).

Durante el periodo ilustrado, no solamente existieron elementos destructivos en sí mismos, sino también contradictorios. Locke, por ejemplo, afirma y niega que la existencia de Dios puede ser probada por la conciencia, y luego estipula que, en realidad, la ley natural es accesible solo para algunos capacitados en lo moral y en lo intelectual. Otra contradicción evidente es la exaltación de la tolerancia de los ilustrados por un lado, pero el rechazo a la religión cristiana por otro (Fernández y Soto, 2012).

Adicionalmente, se comienzan a difundir verdades parciales que van a contribuir con el derrocamiento de la cultura cristiana. Tal es el caso del pensamiento de Montesquieu, más cercano a Cicerón

y al Cristianismo, pero que apoya la división entre la ley divina y la ley humana, desterrando a la religión y poniendo a la razón como ley universal y base del derecho (Fernández y Soto, 2012).

Otro pensador, que se puede calificar como romántico, es Rousseau, cuyo impacto negativo en la cultura va a ser más evidente. Él afirma que el hombre posee un estado de bondad original, y por tanto es la sociedad quien lo termina corrompiendo, lo cual es contrario, como se explicó líneas más arriba, a la idea del pecado original (Fernández y Soto, 2012). El factor que Rousseau considera como perpetrador de esta perversión es la existencia de la propiedad privada y por tanto es necesario instalar un nuevo dios, un estado soberano nacido de la omnipotencia del pueblo que pueda ordenar sus intereses y donde sea posible justificar cualquier atrocidad para evitar su derrumbamiento. Es evidente la influencia de esta legitimación en el estado del terror de Robespierre durante la revolución francesa y en el genocidio de la Vendée, que se detallará más adelante.

Se puede concluir este apartado comparando a los ilustrados con el ejemplo de Platón referido por Pieper (1984) acerca del “alma de los libertinos”, quienes son como un “tonel agujereado” donde cualquier indicio de sentido está condenado al vacío (p. 27). La libertad se torna así en una herramienta mecánica para conseguir lo que se desea, y la idea del bien y del mal deja de ser un precepto divino, para convertirse en una convención social, tal como afirmaba Voltaire (Fernández y Soto, 2012). De esta manera, la búsqueda del Bien se termina asociando con el placer.

Partiendo del enfoque de continuidad de Orígenes, explicado por Hubeňák (1992) y presentado en líneas anteriores, se puede deducir que los ilustrados incendiaron las semillas del Verbo, dándole a los hombres un recurso infructífero.

### 4.3. La revolución francesa

Durante la era de la Cristiandad, la ambición del hombre generó un rechazo al sentido construido y se implantaron deseos de conquista por parte de las autoridades que funcionaron, en algunos casos, más como caudillos militares que como reyes al servicio del pueblo. Esta perversión del régimen monárquico fue una de las causas de la reacción revolucionaria en Francia y de la posterior instauración de la república.

Sin embargo, a esto también se le debe sumar el dogmatismo anti religioso y contrario al orden natural que se manifestó en la revolución francesa. Puede ponerse como ejemplo de esto a la Constitución Civil del Clero, que buscaba que el Estado se apropiara de la Iglesia, y también a las medidas despiadadas como el encarcelamiento y expulsión de religiosas en los hospitales dirigidos por la Iglesia Católica, sin buscar sus reemplazos (Lépori de Pithod, 1989).

En la revolución francesa, que contuvo algunos reclamos legítimos como el voto por cabeza por ejemplo, se buscó instalar un régimen ideológico y autoritario. No se observa un intento de cambio gradual y conversacional sino de un aniquilamiento de lo que anteriormente existía.

Los elementos destructivos que se han tratado de esbozar van a encontrar aquí no solamente una muestra en el mundo de las ideas sino también en el mundo real. Los revolucionarios defendían el poder salvífico del Estado y condenaban a la Iglesia. Es así como, al haber sido asumido todo por el Estado, incluyendo la gestión de las propiedades eclesiales, hospitales, ayudas domiciliarias y sostén de los más desfavorecidos, se ocasionaron las consecuencias nefastas de este intento de reconstrucción (Lépori de Pithod, 1989).

Lépori de Pithod (1989) nos narra con respecto a este periodo, como la caridad eclesiástica fue sustituida por un plan de asistencia pública. En consecuencia, los hospitales se llenaron de enfermos, producto también de un aumento de las guerras y las nuevas enfermedades venéreas, fruto del declive moral y libertinaje difundido en la cultura. Además, los pobres, los mendigos y vagabundos incrementaron debido a la crisis económica que se agravó con la revolución, llegando al punto de tener que exiliar a algunos vagabundos a la isla de Madagascar y hacinar a otros en una especie de asilos o depósitos junto con las personas de escasos recursos.

De esta manera, hubo una oposición entre lo que se divulgaba sobre la igualdad y la fraternidad y la realidad que vivían los pobladores. Para ejemplificar esto, se tiene como un dato impactante que en Marsella se pasó de tener 555 niños huérfanos a solo 12 en un solo año debido a la precariedad y a la falta de efectividad de los supuestos planes de asistencia pública (Lépori de Pithod, 1989).

Otra situación que ilustra esto, fue la perversión del sistema de nodrizas donde, en algunos casos, se tuvo que sustituir la leche materna por leche animal para alimentar a los niños (Lépori de Pithod, 1989).

Así, el peor fracaso de la Revolución fue que sus “buenas intenciones” no se concretaron (Forrest, 1987, citado de Lépori de Pithod, 1989, p. 168), y ante los efectos desastrosos primó la ideología racionalista que buscó forzar la realidad a través de decretos que no se tradujeron en resultados.

En el pensamiento intelectual de la revolución, también existieron ciertas contradicciones. Por un lado, hubo un rechazo al poder absoluto de la monarquía, pero, por otro, una exaltación del

absolutismo de la soberanía rousseauniana que va a llegar a su plenitud en el imperio napoleónico. Otra contradicción se aprecia entre la extensión de la superioridad de los derechos del hombre y el aniquilamiento de aquellos que no estaban de acuerdo con las ideas revolucionarias. Un ejemplo en el aspecto económico de este último punto es cómo el derecho a la propiedad fue influenciado por el manejo del Estado y su criterio arbitrario e inefectivo (Lépori de Pithod, 1989).

“La Revolución hecha en nombre de la igualdad ha enriquecido a los ricos y empobrecido a los pobres” (Sédillot, 1987; Citado de Lépori de Pithod, 1989, p. 173) lo cual grafica crudamente la debacle económica y social de la revolución francesa. Tal crisis se aprecia si se compara a Inglaterra y Francia, donde este último país no se pudo recuperar, en términos absolutos, hasta en 35 años después (Lépori de Pithod, 1989).

A pesar de todo lo escrito, si se tuviera que narrar un hecho que muestre, de la manera más cruel, el elemento aciago de la revolución francesa habría que puntualizar el genocidio de la Vendée. Este pueblo, que si bien estuvo de acuerdo, al principio, con algunas medidas de la revolución, comenzó a manifestar su descontento a partir de la Constitución Civil del Clero, del cierre de las parroquias y de la leva obligatoria que formaba parte del deber militar para todos los ciudadanos como apoyo a la causa revolucionaria (Lépori de Pithod, 1989).

Ante la consecuente insurrección de la Vendée, que podría justificarse incluso desde los mismos postulados de la revolución y de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, comienza a planificarse y llevarse a cabo, con un deseo de avidez, un real exterminio de este pueblo cristiano, con los más crueles arrebatos y sin ningún tipo de distinción, sea para mujeres,

ancianos, niños o enfermos. Los revolucionarios llegaron a considerar a este pueblo como una “raza maldita” que no debía reproducirse y lo juzgaron como “ideológicamente irrecuperable” (Sécher, 1986; Citado de Lépori de Pithod, 1989, p. 185).

El acontecimiento de la revolución francesa ha sido provisto, hasta la actualidad, de una propaganda política y pedagógica en la que abundan la “manipulación ideológica” y la mentira (Chaunu, 1984; citado de Lépori de Pithod, 1989, p. 156). Este hecho es clave para entender por qué existe hoy en día una apariencia de construcción cuando en realidad los elementos destructivos mencionados han acabado con la noción de sentido del hombre.

De esta manera, al alejarse de lo Eterno, el hombre se comenzó a contentar con lo sensible o sensacional y con la invención, para explicar una realidad que no le pertenecía. Al intentar forzar la verdad para su beneficio, tuvo que necesariamente destruirla para reiniciarla. Para los revolucionarios, no solamente se tenía que derrocar el régimen monárquico, sino alterar y desintegrar la noción de un Dios providente y de la autoridad humana como espejo de la divina. Se ve claramente una intención arrasadora que buscó replantear y socavar los cimientos de la civilización occidental. Esto tuvo como consecuencia la derrota del rey y el endiosamiento del hombre, quien desde ese momento pretende evidenciar que es capaz de tomar las riendas de todo. Asimismo, se observa una ruptura con la época anterior y un triunfo de la desobediencia, en contraposición con la actitud de la escucha (*ex akoes*) (Pieper, 1984). Luego de haberse instaurado una cultura marcada por la virtud, se comenzó a rebelar el pensamiento para instaurar un mundo cargado de *hybris*, es decir, de orgullo.

#### 4.4. El liberalismo y el utilitarismo

Cuando se analizan las corrientes concomitantes a la revolución francesa, se pueden describir otros elementos que pueden considerarse como destructivos para la cultura de su momento. Tal es el caso del liberalismo. Este trajo como consecuencia la segregación de la fe hacia el ámbito privado.

Además, en contraposición a la idea del bien común, se superpuso la noción del bien individual y se transformó su contenido metafísico a uno utilitarista y material, tal como se puede apreciar en la postura de la justicia comercial de Adam Smith.

El liberalismo utilitarista terminó siendo una respuesta frente a los ilustrados y una corriente que negó el derecho natural y puso énfasis en el bienestar, entendido como *confort*. Es interesante considerar aquí a John Stuart Mill como un personaje parecido a Montesquieu, ya que parece acercarse a la concepción antigua pero no deja de expresar una ruptura con lo Divino.

Cabe resaltar también otro hecho importante y donde existe una subversión de un elemento de raíz en la cultura helénica-romano-cristiana, que es el de la familia. Con la revolución industrial, las normas y esquemas de producción ocasionaron que las familias extensas pasen a ser familias más nucleares y también se observó una dispersión, ya que miembros de la misma familia tuvieron que separarse para poder atender a los trabajos que fueron surgiendo en las ciudades. Este hecho está en sintonía de alguna manera con la idea individualista del liberalismo, y con la consecuente búsqueda de bienestar. Si el individuo podía ser su propio artífice, ya no necesitaba de otros para madurar. La familia se convirtió en un impedimento, tal como ocurre en la actualidad de una manera más marcada y consecuente.

A partir de estos pensamientos, en conjunto con los cambios tecnológicos, surgió un espíritu competitivo que, frente a la ausencia de los valores cristianos, fue una de las causas que desencadenaron las guerras mundiales del siglo XX. Esto es un ejemplo de la contradicción llevada a su máximo apogeo, en conjunto con la guerra de la Vendée anteriormente explicada, donde se muestra una oposición entre la idea de igualdad y de libertad. Esto va a conducir hacia otras ideologías que no se detallarán en este trabajo, como el marxismo, el leninismo y el maoísmo, que son características del siglo XX.

## 5. Conclusión

A partir de todo lo anterior, se puede manifestar que desde el pensamiento clásico hasta la Romanidad, gracias al aporte mítico, se comenzó a condensar una identidad en el ser humano que luego alcanzó su plenitud con el Cristianismo. Sin embargo, a raíz de las corrientes racionalistas, el pensamiento ilustrado y los movimientos revolucionarios del siglo XVIII se buscó disgregar esta identidad con nuevos mitos artificiales que intentaron justificar su actuar. Se distingue con claridad el triunfo de la rebeldía y de dos comportamientos que pueden expresarse con las palabras griegas *menis* e *hybris* que aluden al triunfo de la cólera y del orgullo respectivamente.

Lo que diferenció al paso de la Romanidad a la Cristiandad del proceso revolucionario e ilustrado fue el desarrollo de un materialismo radical (Fernández y Soto, 2012) como elemento destructivo de la noción de lo Divino. En el primer proceso hubo apetitos espirituales que en el segundo fueron rebajados por el empirismo, el cientificismo y por la idolatría de la razón y del intelecto.

Ante esto se puede analizar si los procesos históricos examinados en este trabajo se amalgaman en una especie de mecánica circular donde existen contraposiciones entre una cultura y otra, y que terminan en un resultado que necesariamente es mejor que el anterior; o si, más bien, el desarrollo ideológico, con su concentración y formación, ha oscurecido la cultura y el sentido del ser humano en su conjunto.

Si el análisis solo se circunscribe a los procesos históricos se puede ser partidario de la primera hipótesis, donde todas las fases se equipararían y tendrían un destino premeditado. Sin embargo, este racionalismo pierde la gravedad de la visión natural de la realidad y el sentido de la libertad en el hombre.

Por ello, la intención de este trabajo ha sido mostrar cómo los elementos constructivos de la tradición, el cristianismo como unificación y sentido, la virtud y la contemplación, y la noción de la ley natural formaron un pensamiento íntegro e insondable, mientras que los elementos destructivos expresados en el nominalismo, el cientificismo y empirismo, la Ilustración, el movimiento revolucionario francés, el liberalismo y el utilitarismo debilitaron el sentido del hombre. Esto último se concretó en los desastres culturales, sociales y económicos como la debacle francesa, el genocidio de la Vendée y las guerras mundiales.

A pesar de esto, tomando en cuenta la visión agustiniana mencionada en la introducción (Hubeňák, 2022), se puede declarar que la destrucción no es irreversible, ya que la historia ha demostrado que existen hombres que se han contrapuesto a las anatemas culturales que han acontecido.

Se puede tomar el caso de los contrarrevolucionarios como De Maistre, quien va a refutar la idea de Rousseau diciendo que el hombre no puede confiar enteramente en su razón porque está

corrompido. También sugerir a De Bonald, quien, magistralmente, también va a oponerse a este ilustrado, afirmando que es la sociedad la que hace al hombre, ensalzando la idea de la sociabilidad natural. Asimismo, mencionar a Edmund Burke, desde el pensamiento conservador, quien va a resaltar el poder de la tradición como un ente ordenador y una experiencia acumulada, donde el cambio puede aparecer, pero de manera gradual y donde el ateísmo y el deísmo (la idea de un Dios arquitecto que no se involucra con el devenir del hombre) contradicen el anhelo natural por lo Divino. Desde el mundo hispano, proponer a Juan Donoso Cortés, quien afirmaba que todo lo nuevo en materia de moral y religión era falso y peligroso. Finalmente, como un oasis en el pensamiento liberal, evocar a los liberales católicos que promovieron el constitucionalismo como garantía de que el hombre pueda realizar el ideal que Dios le suscitaba.

De esta manera, siempre coexistirá aquella ciudad celeste o constructiva con la terrena y destructiva (Hubeňák, 2022), como se puede apreciar en estas contra propuestas durante la modernidad. Es falso y absurdo creer que lo nuevo es necesariamente algo mejor, ya que la revolución francesa, sus consecuencias y las guerras mundiales son prueba de ello. Quien pueda conocer la historia puede decidir, utilizando su preciada libertad, de qué lado se mantiene. Tal vez una pista la pueda brindar el mismo San Agustín, quien en una carta al pagano Volusiano le dice que “la fe abre la puerta al entendimiento, mientras que la incredulidad la cierra” (Agustín de Hipona, s. f., citado en Boch de Boldrini, 2021). No es de extrañar entonces que, aquellos que estén del lado del Cristianismo y su influencia histórica, vivan las contradicciones que se presentan en la historia, ya que es parte de su compromiso interior al seguir a

Jesús de Nazareth, quien sufrió en carne propia esta destrucción del sentido humano.

### Referencias bibliográficas

- Biblioteca Virtual Universal. (2010). *Trabajos y días. Hesíodo*. Editorial del Cardo.  
<https://www.biblioteca.org.ar/libros/158342.pdf>
- Boch de Boldrini, V. E. (2016). Disquisiciones políticas y religiosas en tiempos de Valentiniano II: el debate entre Símaco y Ambrosio de Milán. *Limes: Revista de Estudios Clásicos*, (27), 211-236.
- Boch de Boldrini, V. E. (2021). Rufius Antonius Agrypinius Volusianus, Procónsul de África: Entre la Incertidumbre y el Cambio. En F. J. Gómez Espelosín y J. Gómez de Caso Zuriaga (Eds.), *Historia sin fronteras. En torno a las raíces de Europa. Estudios en honor del profesor Luis A. García Moreno* (pp.143-165). Monografías de Gahia.
- Fernández, J. L. y Soto, M. J. (2012). *Historia de la Filosofía Moderna*. Ediciones Universidad de Navarra.
- Hubeňák, F. (1992). Encuentro del Cristianismo con la Cultura Clásica. *Polis. Revista de Ideas y Formas Políticas de la Antigüedad Clásica*, (4), 157-171.  
<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/3130>
- Hubeňák, F. (1998). El emperador Graciano en el pasaje de la romanidad a la cristiandad. *Stylos*, (8), 129-164. <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/3153/1/emperador-graciano-pasaje-cristiandad.pdf>
- Hubeňák, F. (2022). Agustín de Hipona en clave histórica. *Revista de Historia Universal*, (24), 45-114.
- Laje, A. (2022). *La Batalla Cultural. Reflexiones Críticas para una Nueva Derecha*. HarperCollins México.

Lépori de Pithod, M. E. (1989). Nuevas Perspectivas sobre la Revolución Francesa.  
*Revista de Historia Universal*, (2), 155-189.

Pieper, J. (1984). *Sobre los Mitos Platónicos*. Editorial Herder.